



Domingo XXXI del Tiempo Ordinario -Ciclo B

31 de octubre de 2021



I. NOTAS EXEGÉTICAS

Dt 6,2-6

En este famoso pasaje, conocido tradicionalmente por el imperativo *Shema Israel*/Escucha Israel (6,4), la unicidad del Dios de Israel viene expresamente manifestada. El texto es utilizado a modo de oración dos veces al día por la comunidad judía hasta hoy. Al tiempo de Jesús poseía ya una gran relevancia. Diferentes recipientes (*mezuzot*) con pequeños pergaminos escritos a mano con este texto han sido encontrados en las cuevas de Qumrán (s. I d.C), lo que comprueba su centralidad para la fe de Israel desde hace siglos.

Detrás de esta exhortación se aprecia una condena implícita hacia cualquier forma de poder humano o divino que se pueda contraponer al lugar del Dios de Israel. La llamada a la escucha no consiste en una recepción pasiva de un mandato externo sino en vivir toda la existencia de acuerdo con esa única realidad divina. Israel así viene impulsado a pasar de la escucha al amor. Un amor que sobrepasa el campo afectivo, involucrando la toma de decisiones (corazón), la búsqueda de realización personal (alma/respiro) y el trabajo cotidiano (fuerzas). El amor a Dios se convierte así en una invitación que abarca la totalidad de la persona, más allá de una sola actitud religiosa o cultural. La vivencia integral del mandato aparece como propuesta de libertad absoluta frente a todo amor parcial que puede llegar a oscurecer el fin último de la persona: la entrega total a otro.

Salmo 17

El fragmento de este cántico, atribuido a David después de sobrevivir a la persecución de Saúl, muestra la fuerza del Dios de Israel por medio de imágenes tomadas sobre todo del campo militar (peña, refugio, alcázar, baluarte). Con estas metáforas de fuerza se trasparenta la presencia todopoderosa del Señor en las batallas que el fiel afronta. El orante ha experimentado el poder del Señor dentro de una relación personal, de ahí la preeminencia del posesivo de primera persona singular de carácter enfático. La liberación de las duras pruebas de la vida ha conducido al fiel a experimentar un amor del todo íntimo por su Dios. Este amor le asegura un lugar de refugio de parte del Señor en las luchas futuras que emprenderá.

Hb 7,23-28

En la parte central de esta epístola, el autor elabora una delicada analogía entre el sumo sacerdote judío y Cristo Jesús. El primero pide en el Día del Perdón (Yom Kippur) la remisión de los pecados para sí y para el todo el pueblo, mientras que el segundo, nuevo sumo sacerdote celeste, ha hecho la expiación definitiva de los pecados mediante su muerte y resurrección. Cristo, sumo sacerdote de origen divino y no humano, es perfecto por su doble condición de



impecabilidad y de participación de los efectos del mal en la condición humana. Su intercesión en favor de los extraviados permanece estable porque su sacerdocio es eterno. Así, los pecadores que se acercan a Él pueden obtener siempre el perdón debido a su intercesión constante. En Cristo, entonces, el Día del Perdón aparece como una posibilidad siempre actual y cercana para toda persona necesitada de misericordia.

Mc 12,28-34

Este episodio se encuentra enmarcado por la controversia de Jesús en Jerusalén, en los días previos a su pasión, con los saduceos y fariseos. El escriba, protagonista del episodio, pone la pregunta a Jesús no tanto para tentarlo sino para escuchar cómo responde el maestro de Galilea. El interrogante sobre el primero de los mandamientos era común en el ambiente judío del siglo I d.C. La inquietud del escriba, un conocedor profundo de las Escrituras de Israel, se centra sobre la importancia del mandamiento, no sobre su orden de enumeración u origen. Para la mentalidad judía, el mandamiento primordial condiciona el cumplimiento de todos los demás. La respuesta de Jesús cita el conocido texto de Dt 6,4 pero adicionando una novedad: el amor al prójimo según Lv 19,18. Los dos textos se encuentran interconectados por la temática del amor, un amor de vivencia radical. El escriba aprueba esta inesperada respuesta, añadiendo el valor superior de este amor a los sacrificios religiosos ofrecidos en el Templo. Con sus palabras el escriba aparece como modelo del discípulo. Quien escucha a Cristo es invitado a pasar, por medio de las Escrituras, de una vida de cumplimiento de preceptos religiosos a una vida de amor al Señor en la donación por el prójimo. Para Jesús, cualquier experiencia auténtica de fe debe desembocar necesariamente en el amor total.



II. PISTAS PARA LA PREDICACIÓN

Primacía del amor: La respuesta del escriba, alabada por Jesús en el Evangelio, pone de manifiesto el primado del amor en la experiencia de fe cristiana. Se da aquí una revolución en la experiencia religiosa. El amor tanto a Dios como a las personas aparece por encima de cualquier otra forma de piedad o devoción. En palabras de S. Pablo: “la fe actúa por la caridad” (Gal 5,6).
Unicidad de Dios: La proclamación del carácter único de Dios y la reafirmación del escriba de que fuera de él no existe ningún otro, lleva a la necesidad de proclamar el carácter temporal y frágil de cualquier obra humana. Frente a una sociedad que tiende a la divinización de las realidades temporales (dinero, poder, belleza, éxito, etc) que tantas veces esclavizan, la revelación de Dios como único se propone como camino de libertad para todo hombre en nuestra ciudad-región. Cualquier otra realidad construida, por muy valiosa que parezca, debe ser puesta a la luz de esta revelación y ser interpretada en modo suplementario, no indispensable.

Complementariedad necesaria de los dos mandamientos: La fe cristiana corre siempre el riesgo de polarizarse hacia un extremo: encerrarse en una búsqueda del Señor dejando de lado al prójimo o lanzarse en un activismo desahogado por la solución de problemas concretos, olvidando la relación con el Señor. Oración y acción son dos pulmones que impulsan y alimentan la vida cristiana. En ese sentido, figuras como Santa Teresa de Calcuta o San Pio de Pietrelcina son ejemplos de cómo vivir una entrega radical al Señor para amar también radicalmente a los hombres.

Un criterio de discernimiento: En medio de múltiples controversias tanto dentro de la Iglesia como fuera de ella, la vivencia del amor se convierte en un criterio indispensable de discernimiento sobre la conveniencia de adoptar ciertas posturas y decisiones en la vida personal y comunitaria. Más allá de consideraciones ideológicas sobre progresismo o tradicionalismo, la vivencia del amor al Señor y al prójimo como lo propone Jesús se convierte en el auténtico catalizador y medidor de la fe. La experiencia del amor aleja así la vida cristiana de toda división maniquea entre buenos y malos y sienta las bases para que el amor de Dios se haga concreto en acciones cercanas de acogida y perdón ante el hermano sufriente.

Solo un Dios que ama pide amor: Nadie puede entregar el amor que no tiene o no ha experimentado. La invitación a vivir el amor a Dios y al prójimo es una llamada a profundizar en nuestra experiencia del amor divino tanto a nivel personal, como familiar y comunitario. El salmista con su oración pone de manifiesto esta dimensión relacional del amor personal del Señor. El mandamiento del amor se convierte así en consecuencia vivencial de haber recibido primero un amor más grande y no en exigencia fría de una ley que en vez de hacer libre, condena aún más con cargas inalcanzables.



III. SUBSIDIO LITÚRGICO

MONICIÓN INICIAL

Nos reúne la celebración del Amor de Dios, pues la Eucaristía es la actualización del sacrificio de Cristo, manifestación del amor sin medida de Dios por nosotros. De nuestra parte, el amor a Dios, más que la sumisión a un mandato es correspondencia y se manifiesta en el amor al prójimo. Que la Eucaristía vivida desde una profunda fe fortalezca nuestro deseo de amarnos unos a otros, como el mismo Jesús nos amó y nos mandó hacerlo.

MONICIÓN A LAS LECTURAS

La observancia y el cumplimiento fiel de los mandatos de Dios van acompañados de una promesa de plenitud y felicidad en nuestra vida. Cristo, sacerdote eterno, ha sido el primero en realizar la voluntad de Dios asumiendo sobre sí los pecados de la humanidad entera para reconciliarnos, hacernos hijos de Dios y hermanos unos de otros. Jesús, conocía y recitaba con frecuencia "el Shemá" (escucha Israel) que manda amar a Dios con todo el ser, pero lo vivió plenamente entregando su vida por nosotros: por eso nos da el mandamiento de amar al prójimo para hacer presente el amor a Dios. Esta será la consigna de todos los que le seguimos. Escuchemos con atención.

ORACIÓN DE FIELES

Presidente Invoquemos la misericordia de nuestro Dios, que no sólo nos ha creado y redimido por su Hijo, sino que nos ha dado su Espíritu para que inspire nuestra oración.

R/. Dios Amor, escúchanos.

- 1-Para que la Iglesia, portadora de los dones de Cristo, testimonie y predique el Amor, verdadera consigna que distingue a todos los cristianos.
- 2-Para que en todos los pueblos del mundo cesen las guerras y enemistades y crezca la unidad fundamentada en el respeto, la justicia y la caridad.
- 3-Para que todos los que sufren: los enfermos, los pobres y los que viven solos, descubran el amor de Dios en sus vidas y sean consolados y animados a través de los hermanos.
- 4-Para que la invitación a participar de los diálogos y la escucha del Sínodo convocado por el Papa, tenga respuesta en todos los que conformamos la Iglesia; jóvenes y ancianos, hombres y mujeres, ricos y pobres, cercanos y alejados.
- 5-Para que nosotros y todos los miembros de nuestra comunidad (parroquial), nos dejemos amar por Dios, que nos manda amarnos unos a otros y dejarnos amar.

Presidente Dios de Misericordia, que tanto amaste al mundo que nos enviaste a tu Hijo para salvarnos, escucha nuestras plegarias y concédenos la gracia de amarnos como tú nos mandas para corresponder a tu amor. Por Jesucristo nuestro Señor.